

**El arte de
callar**

© Textos: José Antonio Hernández Guerrero

Edita: Diputación Provincial de Cádiz
Servicio de Publicaciones

ISBN: 978-84-96583-65-8

Depósito Legal: CA-77/08

Diseño: Emotive Project

Imprime: Jiménez Mena, S.L.

Ofrecimiento de
Francisco González Cabañas
Presidente de la Diputación de Cádiz

El arte de callar

José Antonio Hernández Guerrero

Índice

9	OFRECIMIENTO: Francisco González Cabaña
15	INTRODUCCIÓN
28	CAPÍTULO 1 Cuando no tenemos nada importante que decir
42	CAPÍTULO 2 Cuando no encontramos las palabras adecuadas
52	CAPÍTULO 3 Cuando no tenemos quien nos escuche
62	CAPÍTULO 4 Cuando no es el momento oportuno de hablar
72	CAPÍTULO 5 Cuando hablan los hechos
80	CAPÍTULO 6 Cuando hablan otros
88	CAPÍTULO 7 Cuando no estamos serenos
96	CAPÍTULO 8 Cuando estamos rodeados de un excesivo ruido
106	CAPÍTULO 9 Cuando acuden a nuestros labios palabras que hacen daño.
116	CAPÍTULO 10 Cuando los oyentes no atienden ni entienden nuestras palabras
124	EPÍLOGO

Ofrecimiento

Si, como todos sabemos, la palabra es la única herramienta de los políticos, el silencio es el escudo que nos protege de las inevitables acechanzas de las adversidades, el refugio en el que nos encontramos con nosotros mismos y el campamento desde el que escuchamos las demandas de la sociedad a la que servimos.

Necesitamos reconfortantes espacios y tiempos de silencio -esa realidad enigmática e inaprensible- para descansar de la agitación y para tranquilizar nuestro espíritu, para nutrir nuestra vida, para atenuar las inquietudes, para convertirnos en mujeres y en hombres mansos, para interpretar adecuadamente las voces de los ciudadanos y para encontrar la palabra precisa que responda a sus incitantes y, a veces, urgentes preguntas. Es en el silencio donde podemos penetrar hasta los yacimientos más secretos de los que nutrir nuestra vida, nuestras aspiraciones, nuestros proyectos y nuestras actividades.

Por eso -estimado amigo- se me ha ocurrido ofrecerte este pequeño y estimulante libro con la intención de que, al mismo tiempo que te expreso mis deseos de bienestar y de eficacia en el trabajo en beneficio de nuestros paisanos, te anime en la búsqueda de saludables momentos de silencio, esa vía terapéutica que, si lo aplicamos en sus dosis justas, además de reconstituyente, nos puede abrir ventanas por la que divisemos con mayor claridad la vida: la nuestra y las de los que nos rodean.

Cordialmente

Francisco González Cabaña

Presidente de la Diputación Provincial

Cádiz, 19 de marzo de 2008

Día de la Provincia

El sonido más fuerte es el silencio.

Lao Tsé

* * * * *

*Cállate o di algo mejor que el silencio.
El silencio es la 1ª piedra del templo de la sabiduría*

Pitágoras de Samos

* * * * *

*Habla sólo en dos circunstancias: cuando se trata
de cosas que conoces bien, o cuando la necesidad
lo exige. Sólo en estos dos casos la palabra es
preferible al silencio; en todos los otros casos
es mejor callar.*

Isócrates

* * * * *

La mejor parte del valor es la discreción

William Shakespeare

*La verdadera amistad llega cuando el silencio
entre dos transcurre amenamente.*

Erasmus de Rotterdam

* * * * *

*El camino a todas las cosas grandes pasa
por el silencio.*

F. Nietzsche

* * * * *

*Si cada español hablara solamente de lo que entiende,
habría un gran silencio que
podríamos aprovechar para el estudio.*

Manuel Azaña

* * * * *

*En la sociedad en la que vivimos, en la que se considera
que el exhibicionismo es glamouroso y se piensa que el
que calla otorga, la discreción es una virtud que parece
que es un adorno trasnochado.*

Carmen Posadas

Nota Previa

1. Las reflexiones que ofrecemos en esta pequeña obra son la plasmación de algunas de las ideas que comentamos en varias reuniones solicitadas por algunos alumnos de la Escuela de Escritoras y Escritores quienes, tras las sesiones prácticas sobre los discursos orales y los textos escritos, habían llegado a la conclusión de que “el arte de callar” constituía una difícil destreza que deberíamos cultivar los que pretendiéramos dominar “el arte de hablar” y “el arte de escribir”.

2. Los personajes que, en esta ocasión, intervienen en el debate representan los diferentes perfiles de los alumnos que más se interesaron por esta cuestión: A., una mujer locuaz, B., un varón huraño, C., una mujer expresiva, D., un joven tímido y E., un joven reservado.

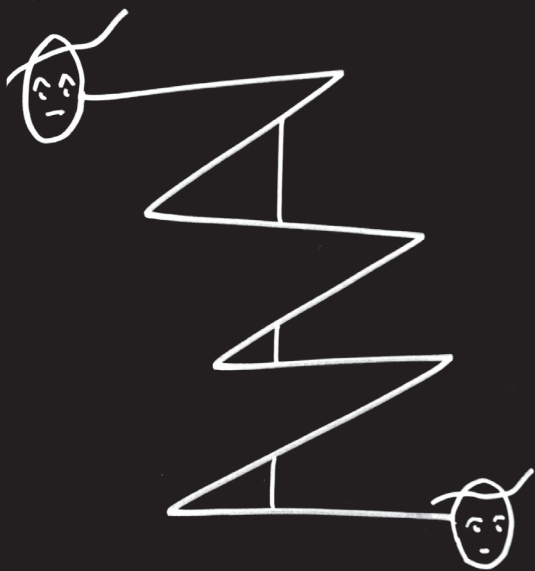
3. El título no es original. Lo hemos tomado del libro que, en 1771, publicó el Abate Dinuart -*L'Art de se taire, principalement en matière de religion*- y cuya traducción, elaborada por Mauro Armiño, ha editado en cuatro ocasiones -1999, 2000, 2001 y 2003- la Biblioteca de Ensayo Siruela.



8
2008

Introducción

Ahora que el silencio nos resulta más necesario, es cuando tropezamos con las mayores dificultades para cultivarlo, para aprovecharlo como fuente de vitalidad, de fantasía y de creatividad. En este mundo saturado de ruidos necesitamos confortables espacios de silencio, instantes prolongados para la pausa, para la interiorización personal y para la apertura solidaria. Momentos para respirar hondo y para oxigenar nuestro espíritu: para reflexionar sobre nuestros cambios, para meditar pausadamente en el imparable correr de nuestros días y para contemplar, asombrados, el espectáculo de la naturaleza: para descifrar los mensajes imponentes del mar, del cielo o de la montaña, o para, simplemente, percibir la voz discreta de un rosa o el imperceptible crecimiento de una brizna de hierba.

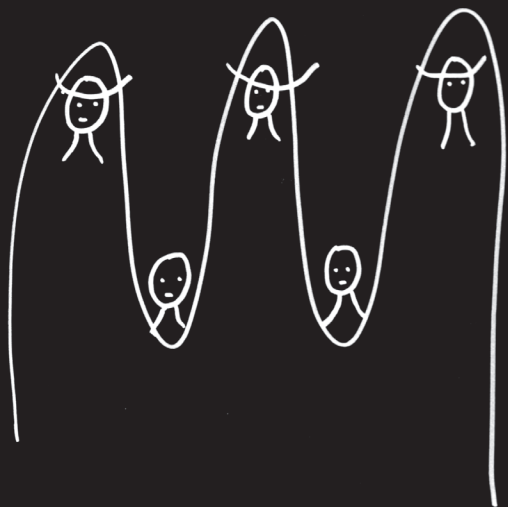


8.02
2008

Los ruidos

El aturdimiento producido por el estruendo de rumores y de murmullos nos impide apreciar el sentido de una sonrisa complaciente o el significado de un sollozo suplicante. Necesitamos el silencio para, tranquilos, mirar hacia lo alto y para, animados, progresar. Hemos de callar para, serenos, cobrar aliento y para, contentos, seguir la marcha hacia nosotros mismos. Sólo de esta manera transformaremos las actividades en experiencias y escucharemos la música que fluye bajo el arrullo de las palabras.

Si pretendemos evitar ahogarnos en este turbulento mar de confusiones, necesitamos callar de vez en cuando, administrar las pausas y esperar el momento oportuno, para que, con prudencia, paciencia, discreción y templanza, acertemos con la palabra adecuada. Estas virtudes tienen mucho que ver con unas facultades tan escasas como el tacto y el gusto: el tacto cordial y el gusto estético.



2008

El silencio y la palabra

No podemos olvidar que las semillas de las palabras fructifican cuando, tras caer en la fértil tierra del silencio, reciben la lluvia mansa de la reflexión serena. Por eso, para saborear los colores, los sonidos y los brillos, necesitamos el silencio y la soledad. Pero también hemos de callar con el fin de lograr descifrar el significado de los diferentes significados de los silencios.

Por eso te he repetido en más de una ocasión que el amor a la palabra implica la fascinación por el silencio. Cada palabra, al mismo tiempo que expresa algunas cosas, calla otras que, a veces, son más importantes. Ésta es la conclusión más trascendental a la que llegan los “filólogos”-los enamorados de la palabra-, los poetas, los escritores, los oradores y los que practican las artes sutiles de la conversación: todos cultivan las palabras y los silencios. Desde el principio el escritor sabe, oscuramente, que la palabra germina en el silencio, que éste no es un desierto árido, sino una tierra fecunda de donde él extrae la savia que hace florecer las sensaciones, los sentimientos y las ideas. Los hombres somos criaturas y creadores de esa palabra que surge en el silencio, nace de sus profundidades, aparece por un instante y, después, regresa serenamente a sus abismos.

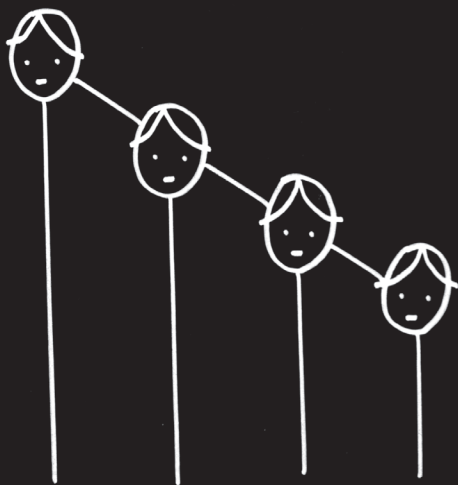


PP
2008

El silencio, un comfortable recinto

El silencio no es el vacío, no es la ausencia, la oscuridad, el abismo ni el olvido, sino un comfortable recinto en el que, entremezclados, viven, gozan, lloran y mueren muchas esperanzas, ilusiones, recuerdos y temores; es un ámbito sagrado en el que resuenan voces nítidas que nos explican el sentido profundo de nuestras ansias secretas.

Necesitamos del silencio para la contemplación intelectual, espiritual y estética: para leer y para releer la vida; para interpretar las claves de los episodios que nos inquietan, nos interpelan y nos estimulan; para respirar el aire libre del pensamiento, para sumergirnos en el mar abierto de la fantasía e, incluso, para entregarnos a la acción desinteresada y solidaria. Para lograr que las palabras sean fecundas simientes que, iluminando las cuestiones de más palpitante actualidad, penetren en nuestras entrañas, germinen y, allí, produzcan frutos gratos y provechosos. Pero, para interpretar, los silencios, hemos de aprender a oírlos y a valorarlos. El arte de callar no es el arte de no decir nada sino un componente esencial de la retórica: el arte de transmitir silenciosamente mensajes elocuentes.

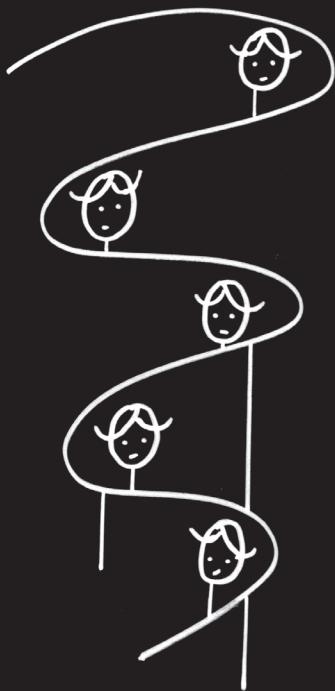


۲۲
۲۰۰۸

Silencio y naturaleza

En la poesía el silencio se convierte en categoría expresiva y en un modo de sintonizar con la naturaleza: a través del lenguaje del silencio participamos en el ser y en la vida de los demás seres; superamos las ambigüedades comunicativas y logramos que las voces se conjuguen, se desplieguen y ahonden en las esencias de los nombres.

El silencio es también un instrumento que, si lo usamos con habilidad, puede lograr diversos efectos: provocar el silencio del interlocutor, generar su sorpresa, llamar su atención, proporcionarnos descanso, serenar los ánimos, propiciar la reflexión. Al ser más ambiguo que las palabras puede prestarse a interpretaciones diferentes a las deseadas. Pero, de la misma manera que podemos hablar bien o mal, también es posible emplear el silencio de forma correcta o incorrecta, por eso es útil que cultivemos el arte de callar para lograr perfeccionar nuestra destreza.



2008

La discreción

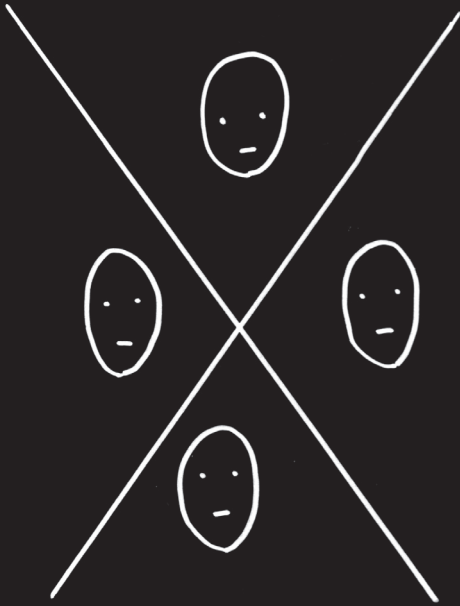
En nuestra opinión, la prueba más contundente y la expresión más clara de la sabiduría humana es la difícil virtud de la discreción -no el secretismo- que consiste, fundamentalmente, en la capacidad de administrar las ideas, de gobernar las emociones, y, más concretamente, en la habilidad para distribuir oportunamente las presencias y las ausencias, las intervenciones y las inhibiciones. Es discreto el que interviene cuándo y cómo lo exige el guión.

La discreción es, por lo tanto, una destreza que pertenece a la economía en el sentido más amplio de esta palabra; es una habilidad que, además de prudencia, sensatez y cordura, exige un elevado dominio de los resortes emotivos para intervenir en el momento justo, un tino preciso para acertar en el lugar adecuado y un pulso seguro para calcular la medida exacta, sin escatimar los esfuerzos y sin desperdiciar las energías.

La indiscreción, por el contrario, puede ser la señal de torpeza o de desequilibrio, y pone de manifiesto la incapacidad para gobernar la propia vida y, por supuesto, para intervenir de manera eficaz en la sociedad. Supone siem-

pre un peligro que, a veces, puede ser grave y mortal. El indiscreto corre los mismos riesgos que el chófer que conduce un automóvil sin frenos y sin espejo retrovisor.

Permíteme que te haga una pregunta. ¿Te ha ocurrido en alguna ocasión que personas que te parecían inteligentes, simpáticas y atractivas mientras guardaban silencio, tras escucharlas hablar te han resultado torpes, antipáticas y desagradables? Las personas prudentes y comedidas nos inspiran confianza; los lenguaraces, por el contrario, nos provocan preocupación por su inconsciencia, tristeza por su irresponsabilidad y temor por el riesgo de que pierdan los frenos, destapen sus vergüenzas, salten al vacío y, lo que es peor, caigan encima de nosotros, nos desnuden y destruyan el patrimonio de nuestra intimidad.



PP
2008

CAPÍTULO 1:
**Hemos de callar cuando
no tenemos nada
importante que decir**



pp
2008

Las palabras vacías o inútiles -la verborrea del charlatán- constituyen un gasto superfluo de energías y abren un amplio hueco que nos descubre unas carencias profundas.

La primera reacción ante estas afirmaciones fue mucho más negativa de lo que habíamos previsto inicialmente. Nos llamaron la atención, no sólo la cantidad de argumentos esgrimidos en contra del silencio, sino también el tono entusiasta con el que algunos defendían la tesis opuesta a la que habíamos propuesto. La primera en tomar la palabra fue A., mujer locuaz, reflexiva y algo vehemente. En la presentación inicial nos había explicado que, desde que sus tres hijos asisten a la escuela, ella pasaba casi todo el día sola y que, con el fin de charlar un poco, a pesar de que los niños ya tenían suficiente edad para salir solos, los acompañaba hasta la puerta del colegio para allí cambiar impresiones con otras madres.

A. -Yo creo que hablar siempre es bueno. Hablar por hablar no hace daño a nadie y, cuando hablo, siento que vivo y que soy alguien. En realidad, más que para que me escuchen los demás, hablo para escucharme a mí misma. Mi propia voz me acompaña y me transmi-

te cierta seguridad. Por eso, incluso cuando estoy sola, me hago preguntas a mi misma, y me las respondo o no me las respondo. Estoy convencida, además, de que esto mismo os ocurre a todos vosotros; por muy callados que parezca que estáis, siempre os estáis hablando, os preguntáis y os respondéis. Cuando miráis un objeto, cuando escucháis unas voces, cuando coméis un plato delicioso o cuando bebéis un vino exquisito, por ejemplo, es probable que os preguntéis por su naturaleza y les pongáis nombres, adjetivos o verbos. Quiero decir que identificáis qué objetos son, reconocéis sus cualidades e interpretáis el sentido de sus movimientos. En resumen: que todos estamos hablando siempre, en alta o en voz baja, pronunciando los sonidos con los labios o sólo mentalmente, que empleamos palabras cuando estamos despiertos o cuando dormimos. Creo que lo único que hacemos como seres humanos es hablar. Por eso me parece que no sólo no es conveniente que nos callemos cuando tenemos ganas de hablar, sino que es imposible. Conversar es la mejor medicina para aliviar el peso de las preocupaciones, es la válvula de escape de las tensiones, es la única manera de desahogarnos.

Creíamos ingenuamente que, tras esta explicación tan teórica del lenguaje humano, la conversación había llegado a su término porque todos estábamos de acuerdo en el principio general tal como A. lo había enunciado. Todos aceptábamos que el lenguaje es la propiedad definidora del ser humano. Tras unos segundos de silencio que nos parecieron siglos, **D.**, dando muestras del esfuerzo que para él suponía intervenir, nos dijo:

–Estoy de acuerdo en que hablar es una necesidad, sobre todo, para los que nos cuesta trabajo hablar. Yo siempre he preferido guardar silencio porque, cuanto más me esfuerzo, menos temas de conversación se me ocurren, pero me produce una enorme vergüenza quedarme callado. Cuando, por ejemplo, subo con alguien en el ascensor, me siento muy violento si no le digo algo; la mayoría de las veces me refiero al tiempo que hace. Lo paso tan mal que, si advierto que voy a coincidir con el vecino del cuarto piso, subo por las escaleras para evitar ese silencio que tanto me aturde.

Acogimos las palabras de **D.** con claras muestras de complacencia porque el ejemplo que nos proponía ilustraba de manera precisa las sensaciones que los demás experimentamos en situaciones análogas. Con independencia

del perfil psicológico de cada uno de nosotros, todos coincidimos en reconocer que cada vez que nos encontramos en un recinto cerrado con una persona conocida o extraña, sentimos la necesidad de recurrir a temas tópicos para romper un silencio que nos resulta agobiante.

—A mí me suele ocurrir todo lo contrario -nos explica C.-. Como mi marido y mis hijos no me escuchan ni me comprenden, me veo en la necesidad de buscar a personas desconocidas con las que, al menos, pueda charlar libremente. Aunque lo más frecuente es que aproveche el rato en el que, a la puerta del colegio, espero que los niños salgan, a veces, también me sirven para charlar las colas del autobús, las visitas al médico y, sobre todo, los viajes. Cuanto menos conocidos sean los acompañantes, más fácil me resulta conversar con ellos. Charlar es una manera inofensiva de volver a vivir los sucesos agradables y una fórmula eficaz para disminuir la presión de los recuerdos molestos. Tengo la impresión de que, cuando cuento las penas, me resultan menos amargas y más soportables. No comprendo las razones por las que, de una manera tan categórica, tratan de disuadirnos de que hablemos.

Tras estas explicaciones, llegamos a la conclusión de que la sesión había llegado a su fin porque los demás miembros del grupo no daban muestras de querer intervenir y, sobre todo, porque estábamos convencidos de que la manera más eficaz de demostrar la tesis propuesta era propiciar el análisis de las experiencias de cada uno y el contraste de las diferentes opiniones. Cuando ya estábamos a punto de despedirnos, **B.** pidió la palabra y, tras un silencio estratégico, que a todos nos pareció excesivo, con cierto acento magisterial nos expuso su teoría:

–Desde mi punto de vista, todas las razones aportadas hasta ahora me inclinan a pensar que hemos de hablar menos y administrar mejor las palabras. Hablar de todo, hablar continuamente y hablar con todos es prodigarse y devaluar la conversación. Si aceptamos que la palabra es el más valioso de los instrumentos, como acabáis de afirmar, este convencimiento hemos de demostrarlo administrándola rigurosamente. No podemos usarla de cualquier manera ni, mucho menos, regalarla a cualquiera.

E., el más reservado de todos, finalmente se decidió a hablar y, paradójicamente, fue el más extenso. Tengo la impresión de que todas vuestras explicaciones po-

nen de manifiesto que, tanto unos como otros, tenéis una concepción excesivamente simple y negativa del silencio. Yo estoy convencido de que el silencio no es la negación de la palabra; no es la carencia de lenguaje o, simplemente, la nada. Tampoco es una realidad única ni uniforme. Es cierto que algunos silencios revelan un vacío: algunas personas no hablan porque nada tienen que decir. Carecen de ideas y de palabras; por eso no son capaces ni siquiera de identificar sus sensaciones ni de interpretar sus sentimientos. Para hablar necesitamos, al menos, tener conciencia de que vivimos y, además, cierta capacidad, aunque sea mínima, para definir nuestras vivencias. Pero todos conocemos a seres que dan la impresión de que no son humanos, de que pasan por la vida sin darse cuenta de que viven.

Creo que aquí deberíamos referirnos a ese otro silencio que, a veces, es un discurso más elocuente que el de las palabras. En algunas situaciones, callar equivale a la afirmación de la propia libertad, al rechazo de la autoridad del que pregunta o a una protesta por la impertinencia de una invitación. Todos hemos sabido interpretar el mensaje tan claro que encerraba el silencio de Jesús ante Pilatos. Propongo que aprovechemos

esta ocasión para identificar algunos de los diferentes silencios que, en nuestras actividades cotidianas, hemos escuchado. Yo creo que, efectivamente, el silencio a veces es vacío pero también puede ser, paradójicamente, ruido, melodía y palabra.

Todos aceptamos la propuesta y A., que parecía que traía preparada su respuesta, intervino otra vez para referirse al silencio cobarde.

—Es posible que, en algunas ocasiones, callarse exija una notable valentía pero, otras veces, guardamos silencio justamente por lo contrario: por temor o, quizás, por timidez. Y no me refiero al miedo de “meter la pata”, a esa indecisión por hablar de lo que no sé o a esa preocupación por hacer el ridículo, sino al miedo de ganarme una reprimenda por pensar, por hablar o por actuar de la manera que yo considero correcta. Reconozco que, ante algunas personas que son excesivamente sensibles o categóricas o arbitrarias o antipáticas o agresivas, prefiero permanecer en silencio para evitar una reacción desproporcionada. Y lo peor es que, a veces, estoy convencida de que debería de hablar pero, la verdad es que la mayoría de las veces no me atrevo.

Tras esta sincera declaración, intervinieron los demás compañeros para proponer unos ejemplos de diferentes tipos de silencios que todos habíamos experimentado en distintas situaciones. Hablamos, por ejemplo, del silencio religioso, de esa reacción respetuosa que provocan no sólo aquellas manifestaciones que, según las distintas culturas, interpretamos como testimonios de la presencia o de la acción de un ser trascendente, sino también como la respuesta de ese profundo sobrecogimiento que nos provocan algunos fenómenos impresionantes de la naturaleza como, por ejemplo, un terremoto o una puesta de sol. Es el silencio que cultivan los místicos durante la actividad contemplativa. Sólo cuando la mente está en completo silencio, tan sólo entonces -dicen algunos- podemos llegar a penetrar en los misterios.

E. se refiere al silencio de los sabios, a esa pausa, densa de reflexión y vacía de palabras, a ese clima, sereno y tranquilo, que es indispensable para penetrar en el fondo enigmático y complejo de todos los asuntos humanos.

D. nos explica que, en su opinión, el silencio es, a veces, el lenguaje más elocuente para expresar nuestro respeto como, por ejemplo, en nuestro acompañamiento a personas que sufren.

—Mejor que repetir palabras tópicas o frases estereotipadas, es preferible brindar la oportunidad para que, mediante los llantos, las lamentaciones o, incluso, las quejas, el doliente se desahogue y exprese sus sentimientos y, así, evite que los sufrimientos encerrados, se enquisten y los envenenen.

La mejor manera de apoyarlo es invitarle, con el silencio, para que sea él el que hable mediante palabras o, incluso, con su silencio compartido. La administración de este tipo de silencio requiere, además de cierta sensibilidad, un adecuado aprendizaje.

Otras veces -interviene **A.**- el silencio es una manera de prestar consentimiento y apoyo a una injusticia. Callarse es una manera de hacerse cómplice de una acción arbitraria o abusiva. Yo estoy segura de que, en el terreno político o incluso laboral, muchas inmoralidades no se llevarían adelante sin el apoyo de personas que directa o indirectamente las consienten. Las injusticias, las irregularidades y las inmoralidades de los poderosos, en la mayoría de los casos, son posibles gracias al apoyo que con nuestros silencios, le prestamos los súbditos. El silencio es, en estos casos,

una forma de consentir, de participar y de adherirnos. Este silencio no es neutro ni, mucho menos, inocente, sino eficaz y culpable. No olvidemos que, en unas relaciones democráticas, el silencio puede ser una “acción política” que se lee como un refrendo del acto del poder: el que calla, otorga.

B. defiende el uso del silencio como arma poderosa:

–Yo creo, sin embargo, que el silencio es, además, una herramienta con la que, si la empleamos con habilidad, podemos lograr diversos efectos que, sin duda alguna, son legítimos. Me refiero a ese silencio estratégico con el que, por ejemplo, provocamos el silencio de un interlocutor o de un público excesivamente charlatán. Para hacerlos callar, en vez de gritos, es más eficaz un silencio prolongado, acompañado de una expresión displicente o, al menos, seria. Yo suelo emplearlo, con notable éxito, para llamar la atención, para generar sorpresa, para proporcionar descanso, para serenar los ánimos y, a veces, para propiciar la reflexión sobre el asunto que estamos tratando.

C. nos advierte del riesgo de que confundamos este silencio con otros que suelen producir los mismos efectos,

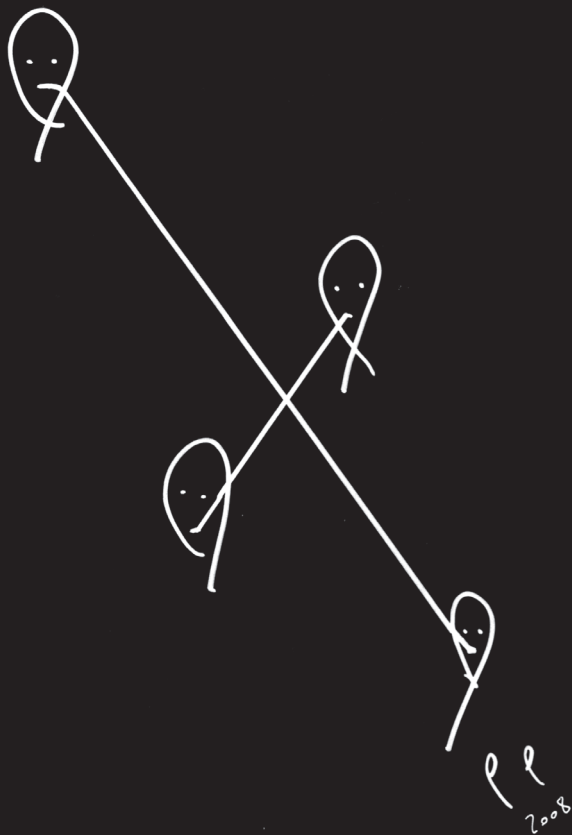
pero que son las manifestaciones de un talante presuntuoso o de unas actitudes petulantes:

–Es el silencio que caracteriza a algunos seres orgullosos que sólo dirigen la palabra a los interlocutores que están a su altura cultural, social, política o económica; el silencio pedante de los que callan porque se creen superiores o el silencio hostil de los que, por sentirse agraviados, reaccionan de esta manera para manifestar su malestar, su rencor o, incluso, su odio.

Finalmente, hablamos del silencio estético, de esa forma elegante de responder a preguntas impertinentes y de ese modo delicado de reaccionar ante comportamientos inoportunos.

Llegamos a la conclusión de que, para emplear adecuada y eficazmente este lenguaje del silencio, es necesario estar en posesión de un notable control de las propias emociones, de un amplio dominio del lenguaje no verbal, e, incluso, de haber desarrollado la difícil destreza de medir las distancias y la perspicaz habilidad de calcular los tiempos. El arte del silencio estético y el del estratégico es la manifestación condensada, el resumen armónico de diversas virtudes humanas como la prudencia, la fortaleza, la templanza y, sobre todo, la discreción.

CAPÍTULO 2:
Hemos de callar
cuando no encontramos
las palabras adecuadas



El silencio es la mejor decisión cuando, por ignorancia, por aturdimiento o por cansancio, no somos capaces de formular con precisión ni con claridad nuestros pensamientos, nuestras sensaciones o nuestras emociones.

Aunque inicialmente todos aceptan esta propuesta y reconocen que, antes de hablar, hemos de callar para encontrar las ideas pertinentes y para seleccionar los términos precisos, tras breves segundos de reflexión, sucesivamente piden la palabra para matizar la tesis e, incluso, para contradecirla.

Las ideas pertinentes y los términos precisos -interviene A.- los encontramos a través del análisis y de la valoración de las ideas impertinentes y de los términos imprecisos. Estoy convencida de que la mejor o, quizás, la única manera de acertar es expresarnos y, poco a poco, con paciencia y con humildad, reconocer los errores y tratar de probar de nuevo para corregirlos. No se trata de atinar a la primera sino de llegar al destino, a través de ensayos, de tanteos y de pruebas. Yo concibo el pensamiento y el lenguaje como esos juegos de composición, como, por ejemplo, los mecánicos, en los que probamos una y otra vez hasta que,

por fin, logramos ajustar todas las piezas. Lo importante es el éxito final y no tanto el acierto rápido que, a veces, es fruto del azar. De esta manera facilitamos la discusión, la crítica, el diálogo y la colaboración, y, sobre todo, evitamos las intervenciones magisteriales y dogmáticas.

D., tras expresar sus dudas sobre la “pertinencia” de sus ideas y advirtiéndonos de la posible contradicción en la que temía incurrir, con su habitual tono mesurado nos hizo algunas sugerencias:

–Estoy de acuerdo en que la mejor manera de mejorar nuestros pensamientos y nuestros discursos es auto-criticándonos, identificando sus defectos y tratando de corregirlos, pero creo que una de las formas más eficaces de practicar este ejercicio de reflexión no es contradiciéndolos sino rodeándolos de un silencio que haga posible escuchar sus ecos y advertir sus imperfecciones. Hemos de insistir en que el silencio es una manera eficaz de intervenir en el diálogo y, paradójicamente, una forma práctica de ayudar para que cada interlocutor se escuche a sí mismo. A veces, las discusiones dialécticas, en vez de propiciar acuerdos, intensifican la autoafirmación y la defensa numantina de

las propias propuestas. El silencio respetuoso y atento puede facilitar la revisión de las afirmaciones excesivamente contundentes o categóricas.

C. asiente con un indisimulado entusiasmo y con un leve gesto de modestia. Ella, que ya nos había manifestado su condición charlatana, nos explica su permanente ansia de encontrar a personas calladas, a escuchantes o, como ella dice, a “auditores” que tengan la bondad y la paciencia de escucharla.

Estoy de acuerdo contigo y reconozco que carezco totalmente de esa habilidad de callar. Pero tienes razón cuando dices que, para escuchar nuestras propias palabras y para darnos cuenta de los disparates que decimos, necesitamos auditores.

Una de las mayores suertes de mi vida es la de encontrar a otro ser próximo y semejante que me comprenda, que identifique las claves de mi peculiar manera de ser, que descifre el sentido profundo de mis pensamientos, la razón última de mis deseos íntimos y las raíces ocultas de mis temores secretos. Yo estoy convencida de que todos los seres humanos, para

llegar a ser nosotros mismos -sea cual sea el escalón temporal o social en el que nos encontremos- necesitamos de alguien que, con sus silencios, nos permita que expliquemos, con claridad y con tacto, quiénes y cómo somos. Son como pantallas que nos devuelven nuestra propia voz, nuestra figura y nuestras palabras.

E. pide la palabra y nos propone que sigamos profundizando en las ideas expuestas por C. Ella piensa que, si es cierto que para encontrar las palabras adecuadas necesitamos, sobre todo, de un interlocutor a quien dirigir las, también hemos de adentrarnos en el fondo de nuestra intimidad para descubrir los ecos personales y las vibraciones diferentes que los episodios despiertan.

—Para acertar con las palabras, no es suficiente que las pronunciemos y las escuchemos con nuestros oídos, ni siquiera que consideremos sus resonancias en los rostros atentos de nuestros interlocutores sino que, además, es necesario que escarbemos en aquellos significados profundos que han adquirido gracias a las experiencias personales con las que están asociadas. Además de los significados asignados en el diccionario y en el uso común de la lengua, las palabras se

llenen y se vacían de otros valores afectivos, éticos e ideológicos que deberíamos tener en cuenta, al menos, en algunas intervenciones orales y, sobre todo, en los textos escritos. Con estas afirmaciones tan teóricas pretendo defender la necesidad de cultivar ese silencio que nos permite adentrarnos en el fondo de nuestra conciencia, y allí reconocer por qué nos apropiamos de algunas palabras con tanta facilidad mientras que otras, por el contrario, nos resultan indiferentes, extrañas o ajenas. Para que las palabras expresen lo mejor y lo más genuino de nuestro espíritu, es necesario que, en profundo y tenso silencio, escuchemos sus vibraciones.

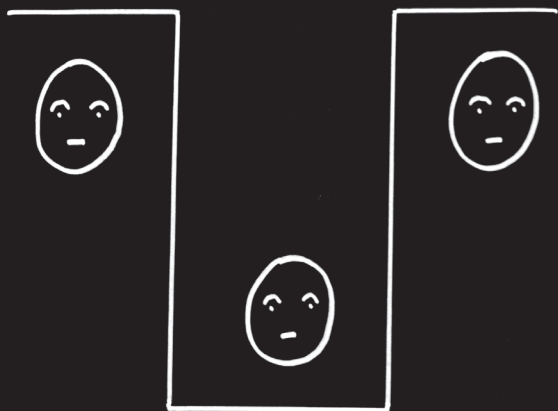
Estábamos convencidos de que **B.**, que había permanecido durante todo el tiempo con un rostro totalmente inexpresivo, en esta ocasión no intervendría, pero, con el convencional gesto de levantar la mano, pidió la palabra y, con su inconfundible sequedad expresiva y con su característico tono magistral, nos advirtió que, para evitar divagaciones, deberíamos releer los términos en los que está propuesto el tema del coloquio y atenernos a sus justos límites.

—Por muchas explicaciones que le busquemos a la incontinencia verbal, hemos de reconocer que el único comportamiento razonable cuando no sabemos cómo expresarnos es el del silencio. En las situaciones de nerviosismo, de desasosiego o de turbación, es siempre preferible evitar las palabras para no vernos después en la necesidad de rectificar o, incluso, en la obligación de contradecirnos. Reconozcamos que las palabras, por muy ingenuas, inofensivas o vacías que nos parezcan, siempre están cargadas de mensajes que son interpretados y valorados por nuestros interlocutores. El lenguaje humano descubre nuestro interior y, a veces, nos desnuda y revela unos fondos íntimos que hemos de manifestar de forma controlada.

El análisis de diferentes experiencias propias nos confirmó que los silencios son lenguajes ambiguos que, dependiendo de las circunstancias y, sobre todo, de los interlocutores, se prestan a diversas y, a veces, a contrapuestas interpretaciones y que las palabras, cuando las empleamos de manera arbitraria en un discurso ante un público o, incluso, en una conversación, las pronunciamos exclusivamente para desahogarnos, son inútiles y, en ocasiones, contraproducentes.

Llegamos a la conclusión de que, de igual manera que el arte de hablar consiste en emplear las palabras adecuadas en el momento oportuno, el arte de callar no se limita sólo a guardar silencio, sino que, igual que ocurre con la música, la habilidad estriba en su correcta administración, en saberlo dosificar, con el fin de que proporcione descanso, facilite la introspección, permita la respuesta de los interlocutores y, sobre todo, sirva para enmarcar el discurso, subrayar sus mensajes y dotarlo de agilidad, ritmo y, en la medida de lo posible, de equilibrio y de armonía.

CAPÍTULO 3:
Hemos de callar
cuando no tenemos
quien nos escuche



۲۲
۲۰۰۸

Si el destinatario es el estímulo que impulsa la comunicación, el guía que orienta la senda del discurso, la pantalla que proporciona cuerpo a las ideas y la clave que dota de sentido a nuestras palabras, la carencia de un oyente adecuado nos debería persuadir de la conveniencia del silencio.

A., que ya antes nos había confesado la imperiosa necesidad de hablar que, de manera permanente, sentía, y que nos había explicado las diferentes razones con las que trataba de justificar sus irremediables ganas de escuchar su propia voz, fue la primera que reaccionó a la propuesta que hicimos en esta tercera sesión.

–Hablar en voz alta, incluso cuando estoy sola, me proporciona una reconfortante seguridad psicológica e, incluso, física. Cuando hablo tengo la impresión de que estoy acompañada. Por eso no llego a comprender muy bien las ventajas de permanecer en silencio, ni siquiera cuando no tenemos a nuestro alcance esos benévolo oyentes. La palabra es, efectivamente, un instrumento de comunicación entre varios interlocutores, pero también es una vía de expresión, una ventana que abrimos para descubrir nuestro mundo interior, para

exteriorizar nuestras ideas, para airear nuestras sensaciones y para ventilar nuestros sentimientos. Hemos de admitir que nuestra voz, con ecos o sin ellos, forma parte de los sonidos que emiten todos los seres; es un integrante de esa sinfonía permanente que entonan los mares, los vientos, las lluvias, las aves que cruzan los cielos y los animales que pueblan la tierra. Yo estoy convencida de que todos nuestros sonidos forman parte del paisaje. De la misma manera que, por ejemplo, embellecemos nuestro cuerpo o arreglamos nuestro hogar, aunque no esperemos una visita, es saludable que hablemos, escribamos o cantemos, aunque nadie nos escuche.

Este razonamiento obtuvo la inmediata respuesta de un silencio prolongado durante el cual, según confesión de la mayoría, reflexionamos sobre la sensatez y sobre la coherencia de las afirmaciones de A., pero, posteriormente, se fueron abriendo huecos por los que empezamos a vislumbrar nuevas salidas y a formular otras propuestas diferentes.

Para evitar discusiones inútiles, partimos del supuesto de que pronunciar palabras en ausencia de interlocutores es

físicamente posible y psicológicamente saludable. Todos hemos comprobado, repetidas veces, que hablar solos e, incluso, gritar o llorar, es un ejercicio que nos ayuda a afinar los pensamientos y a tranquilizar el ánimo. Pero también hemos de reconocer que, en esas situaciones, dirigimos nuestros elogios, nuestras quejas, nuestras preguntas o nuestras reflexiones a destinatarios que, aunque no estén “de cuerpo presente”, su recuerdo sí interviene de forma activa en la formación de las ideas, en la organización del discurso y en la elección de las palabras. Incluso cuando no nos dirigimos a otro ser semejante, es frecuente que nos estemos hablando a nosotros y que, de una manera más o menos consciente, estemos practicando un desdoblamiento personal.

E., de manera pausada y dando la impresión de que medía cada una de sus palabras, nos ofreció una primera interpretación de la tesis que habíamos propuesto como objeto de análisis.

—En mi opinión, no se trata de hablar simplemente, sino de hablar a alguien que escucha. A veces tengo la impresión de que los profesores y los conferenciantes, aunque pronuncien sus discursos ante un nutrido

público, en sus discursos ponen de manifiesto que no hablan a los oyentes. Sus ideas, sus reflexiones e, incluso, sus palabras no son escuchadas ni interpretadas porque no se dirigen a las personas que están allí presentes; no responden a sus expectativas, no se conectan con sus intereses ni, a veces, se acomodan a sus competencias lingüísticas. En estos casos podemos afirmar que, efectivamente, sus palabras carecen de oyentes y que, por lo tanto, son mensajes lanzados al vacío, sonidos desprovistos de dirección o ruidos faltos de sentido. Estoy de acuerdo en que, en estas situaciones, la postura más razonable es la de guardar silencio.

B., que había prestado especial atención a estas últimas palabras y que, incluso, mostraba una discreta expresión de acuerdo, continuó el hilo de la reflexión de **E.** subrayando, sobre todo, “el poder estratégico” -fue su denominación- del silencio.

—A veces, la carencia de oyentes no tiene su origen en la falta de destreza comunicativa del que habla, sino en la inadecuada disposición de los que han de escuchar. La escucha es una operación activa que supone una

voluntad de colaboración y que exige un interés inicial por el tema, una atención permanente al discurso y un respeto explícito al que habla. Por eso, cuando advertimos que nuestros interlocutores no adoptan estas actitudes, la única opción válida es la de permanecer callado. A veces, para lograr el silencio de los oyentes, la fórmula más eficaz es la de mantenernos visible y audiblemente mudos.

C. sí valora el silencio de sus interlocutores pero muestra su desacuerdo con que el silencio propio sea el procedimiento más adecuado para conseguirlo.

Yo, que busco continuamente personas que me escuchen y que agradezco que lo hagan como dice **B.** -con interés, con atención y en silencio-, empleo, en vez del silencio, las palabras. Hace mucho tiempo que estoy convencida de que -perdonadme que repita las palabras- sólo prestamos atención y sólo despiertan nuestro interés los temas que nos interesan. Esta obviedad quiere decir que las cuestiones que no se refieren a nuestros intereses, a nosotros mismos y a las personas, a los sucesos y a los objetos que nos rodean, nos producen aburrimiento, cansancio y hastío. Por eso,

cuando pretendo que me escuchen, empiezo a hablarles de ellos mismos y sigo relacionando los temas con sus preocupaciones. A lo mejor lo que estoy diciendo es que, para favorecer el silencio de los interlocutores, el procedimiento más eficaz es el de silenciar nuestras “batallitas”, el de evitar, en la medida de lo posible, convertirnos en los protagonistas de nuestros relatos o, como dicen los teóricos, en reducir al máximo los discursos autorreferentes. Si la experiencia nos confirma que, cuanto más hablamos de nosotros mismos, menos oyentes tenemos, deberíamos llegar a la conclusión de que hemos de guardar silencio o hablar de aquellas cuestiones que interesan a los interlocutores.

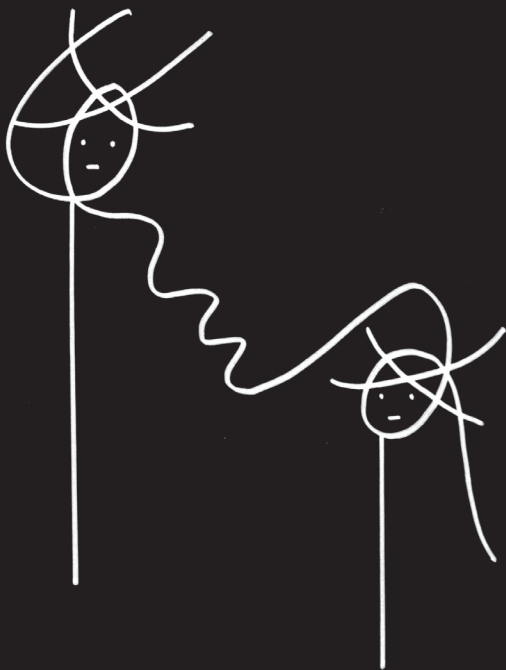
E., a pesar de su discreción, no disimuló la alegría que le estaban produciendo las opiniones que estaba escuchando. Hasta ahora, él había orientado todos sus esfuerzos hacia la superación de esos frenos que le impedían hablar. Había llegado incluso a envidiar a esos colegas habladores y dicharacheros que salen siempre airosos porque tienen la habilidad de dominar la conversación sobre cualquier tema. Él, por el contrario, no era capaz de intervenir ni siquiera cuando se trataban asuntos relacionados con su trabajo ni, mucho menos, mostrar las sensaciones

que le producían determinados comportamientos ajenos. Los demás, por el contrario, defendían que la dificultad estribaba en el manejo del freno.

—No sé si, con esta imagen del freno, acertaré a explicar mi situación personal. Tengo la impresión de que, aunque parezca contradictorio, mis problemas tienen también su origen en la escasa destreza para manejar los frenos. Si algunos han confesado que no saben frenar, yo declaro que no sé quitar el pie del freno: por eso me cuesta tanto trabajo iniciar la conversación, y por eso todos notan que, cuando ya he emprendido la marcha, sigo con el freno echado.

Llegamos a la conclusión de que el arte de la comunicación no consiste sólo en hablar o en callar sino, como en la música, en la habilidad de mezclar las palabras con los silencios.

CAPÍTULO 4:
Hemos de callar
cuando no es el momento
oportuno de hablar



19
2008

Las palabras emitidas sin tener en cuenta las circunstancias adecuadas, el tiempo oportuno y el lugar conveniente son vanas, impertinentes y, a veces, contraproducentes. Recordemos las palabras de la Biblia en el libro de Job 2,13: “Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande”.

Hemos de tener muy en cuenta que el valor del lenguaje depende, en gran medida, de la situación extralingüística y del contexto lingüístico en el que lo empleamos. Las palabras inoportunas cambian de significados y, a veces, se interpretan de manera contraria a la intención con la que las pronuncia el que las usa. Un elogio, por ejemplo, podemos convertirlo en un reproche, una expresión de adhesión se puede transformar en una declaración de rechazo y una simple pregunta nos puede sonar a una amenaza.

Tras esta indicación inicial, el primero en tomar la palabra fue **B.** quien, según su propia confesión, lo hizo con la intención de aprovechar la oportunidad para insistir en su defensa del silencio.

—Es cierto que el silencio es un lenguaje ambiguo y, por lo tanto, se presta a diferentes y a opuestas interpretaciones, pero las palabras, por ser recipientes cargados de energías polivalentes, son unas armas todavía más peligrosas y pueden causar unos serios destrozos en el interior de los oyentes e, incluso, perjudicar gravemente al que, de una manera desaprensiva, las utiliza. A veces, una palabra inoportuna ha sido el origen de enfrentamientos violentos que han tenido unas consecuencias irreparables. Es probable que todos nos hayamos arrepentido más de una vez de no haber sido capaces de callar.

En esta ocasión tuvimos la impresión de que los demás compañeros, que estaban de acuerdo con esta formulación tan teórica como las que ya nos tenía acostumbrado **B.**, mostraban deseos de intervenir para aplicarla a situaciones más concretas. **D.** se refirió a sus comportamientos ante aquellas personas a las que se les ha muerto algún ser querido.

—Siempre que alguien se nos muere se produce en nuestro interior un profundo vacío y se crea un intenso silencio. Al menos por unos instantes se suspenden los

pensamientos, se ahogan las palabras y se sofocan las pasiones. Antes de que surjan los llantos y de que asomen los sollozos, antes de que broten las plegarias o se disparen los gritos, la muerte nos impone un silencio interior. Por eso, preferimos que las condolencias y los pésames sean callados. Cuando, por haber sufrido la pérdida de un ser querido, advertimos que también ha muerto una parte importante de nuestra propia vida, buscamos unos espacios sosegados en los que no nos turben los sonidos ni los ruidos; agradecemos la presencia de aquellos seres cuyos corazones laten al unísono con el nuestro, que sienten nuestra inconsolable desolación. En esos momentos de dolor, las palabras no nos sirven para disminuir un sufrimiento que es nuestra mayor contrariedad y, paradójicamente, nuestro mejor homenaje al ser que se nos ha ido. El único bálsamo reconfortante es ese silencio capaz de crear un clima afectivo y de entretejer una red de comprensión que evite, en lo posible, el derrumbamiento.

Aunque todos mostramos nuestro acuerdo con estas ideas, reconocimos que, en la práctica, guardar silencio ante escenas de dolor nos resulta difícil y exige, además de dominio de la voluntad, un aprendizaje que, a veces,

es lento: el silencio es, efectivamente, una destreza. C. nos explicó esa contradicción que, en muchas ocasiones, la mayoría de nosotros habíamos experimentado.

–Yo estoy también convencida de que el silencio posee un notable poder terapéutico y de que la pena honda es uno de los asuntos personales que hemos de cubrir con el paño del pudor. Cuando sufrimos la pérdida definitiva de un trozo sustancial de nuestra vida -de esas personas que forman parte de nuestra biografía-, tenemos el derecho, la obligación o, al menos, la necesidad de llorar hacia adentro y, si es posible, en soledad.

–Pero, a pesar de este convencimiento, he de confesar que, siempre que me encuentro en estas situaciones de dolor, me resulta imposible guardar silencio. Siento un impulso irrefrenable de formular reflexiones con la intención de proporcionar consuelo. Y eso que, os repito, estoy persuadida de que las ideas y las reflexiones carecen de poder para aliviar las penas.

Esta intervención nos causó una honda preocupación y nos estimuló para que indagáramos en otras situaciones en las que el silencio es más aconsejable que las palabras.

A., conectando con las ideas anteriores, propuso que recordáramos aquellas otras ocasiones en las que nos hemos arrepentido de haber hablado más de lo conveniente, y nos advirtió de la necesidad de educar nuestra sensibilidad para atender al estado de ánimo de los interlocutores y, en general, de los destinatarios de nuestros discursos.

—De la misma manera que hemos de respetar el silencio de los que, por padecer un profundo dolor, necesitan encerrarse en el interior de sus conciencias, hemos de callar cuando los interlocutores están fuera de sí. Aunque reconozco que no me resulta fácil y que, a veces, no logro controlarme, me he propuesto no responderle a mi marido cuando, indignado, irritado o, simplemente, cansado, protesta por cualquier hecho que él considera desatinado. Estoy convencida de que mi silencio es tanto más eficaz cuanto más desafortunado sea su juicio y cuanto más desaforado sea su reproche. La mayoría de las veces, cuando tras un tiempo prolongado se han enfriado los ánimos y es más distante la perspectiva, él, por sí solo, reconoce sus excesos o, al menos, admite ciertas matizaciones. Pero, en cualquier caso, la experiencia me dicta que, como trate de persuadirlo de sus errores cuando está alterado, lo úni-

co que consigo es que se enroque más en sus juicios o que aumente más su excitación.

Tras mostrar nuestro acuerdo con la teoría y nuestra coincidencia en la dificultad de llevarla a la práctica, cambiamos impresiones sobre la conveniencia de guardar silencio en otras ocasiones análogas como, por ejemplo, cuando el hablante está excesivamente eufórico, cuando en vez de hablar es preferible actuar, cuando el excesivo ruido impide la correcta escucha o cuando el que habla o los que escuchan están agotados.

E. nos sorprendió nuevamente al referirse a una situación que, al principio, nos pareció algo extraña y paradójica.

En mi opinión, debemos guardar silencio, sobre todo, cuando somos conscientes de que tenemos demasiada razón o, lo que es lo mismo, cuando juzgamos que el interlocutor está muy equivocado. A mí me produce un profundo amargor el hecho de comprobar que he dejado planchado a alguien con el que he discutido. Sin pretender exagerar, me ocurre algo parecido al que, después de asestar un tiro a un adversario, se acerca nuevamente a él para rematarlo. Creo que el uso de los

argumentos exige que los dosifiquemos con tacto y con delicadeza, y me parece que no debemos emplear las verdades para abofetear a nadie. Si empleamos unos argumentos demasiado contundentes, humillaremos al adversario, aumentaremos el número de nuestros enemigos y, por lo tanto, el resultado final será que, en última instancia, habremos perdido la batalla.

Pero, quizás, nos llamaron más la atención sus reflexiones sobre la discreción con la que deberíamos administrar las referencias y los comentarios sobre nuestros dolores y sufrimientos.

Todos sabemos que contar nuestras dolencias y nuestros disgustos a aquellas personas con las que tenemos confianza es una fórmula eficaz para sentirnos aliviados. Expresando las sensaciones de dolor y los sentimientos de pena abrimos una puerta por la que dejamos escapar la presión de las ansiedades, excavamos un cauce por el que desahogamos las inquietudes, descargamos las tensiones y aligeramos el peso de la conciencia. Pero también sabemos que la expresión y los comentarios sobre nuestros padecimientos encierran una considerable dosis de quejas; las quejas contienen, en diferentes proporciones,

dardos de reproches, y los reproches generan un clima de malestar, un ambiente denso de miasmas con las que contagiamos a los demás.

Concluimos que, para no malgastar las palabras, deberíamos ser conscientes de la conveniencia de mantenerlas guardadas hasta que hayamos encontrado la ocasión oportuna.

CAPÍTULO 5:
Hemos de callar cuando
hablan los hechos



PP
2008

Es cierto que las palabras se llenan de sentidos si explican la vida y si descubren las claves de los comportamientos, pero también es verdad que, cuando los hechos son suficientemente elocuentes, la mejor explicación es el silencio.

Desde el primer momento, dejamos claro que reconocemos los poderes del lenguaje y que, en nuestras reflexiones posteriores, tendríamos muy presente la importancia de esta herramienta decisiva para el crecimiento personal y para la construcción de la sociedad. Insistimos nuevamente en que no podemos perder de vista que los lenguajes son eficaces instrumentos sustitutorios que ejercen una función vicaria. Las palabras dan testimonio de los objetos, de las personas o de las acciones a las que no sólo señalan sino que también definen y explican. Las usamos, de manera cómoda y económica, para evitar las operaciones directas con las realidades objetivas y para manejar a éstas con facilidad.

—Pero -añade C.- además de referirse a esas realidades visibles, el lenguaje nos sirve para descubrir los misterios ocultos que ellas encierran y para expresar nuestras interpretaciones personales de esas realida-

des que siempre son complejas. Sin las palabras sólo percibiríamos las apariencias y nos veríamos privados del conocimiento de sus significados. Por eso hemos de reconocer que, además de sustituir a los objetos, explican su naturaleza íntima. De manera resumida podemos afirmar que el lenguaje es la herramienta con la que analizamos esos objetos. Yo estoy convencida de que, si los objetos son sustituibles por las palabras, éstas, en muchas ocasiones, son imprescindibles.

La reacción de **B.** no se hizo esperar. Con su expresión esquiva y con su tono comedido, rechazó la explicación de **C.** y la calificó de demasiado obvia y de algo impertinente.

—No discutimos aquí la importancia ni las funciones que desempeña el lenguaje humano. La cuestión que hoy tratamos de explicar se centra en el valor del silencio cuando los comportamientos son suficientemente claros y, por lo tanto, no necesitan una explicación oral. Yo creo que hasta los oyentes más inexpertos en cuestiones lingüísticas interpretan las aclaraciones innecesarias como pruebas implícitas de inseguridad o, al menos, de duda sobre la credibilidad que sus comportamientos suscitan.

Estas escuetas palabras sirvieron para que **D.** se decidiera a exponer unas ideas que, a juicio de todos, eran oportunas porque coincidían con diversos hechos que, aunque todos los habíamos protagonizado en diversas ocasiones, no siempre habíamos acertado a formularlos.

A mí siempre me ha llamado poderosamente la atención la frecuencia con la que caemos en la trampa de explicar lo inexplicable: las veces que tratamos de contradecir los hechos evidentes con razones no convincentes. Aunque solemos decir que son comportamientos infantiles, si prestamos atención, podremos comprobar que estas reacciones se suelen dar entre los adultos y, a veces, entre las personas que son profesionales de la comunicación como, por ejemplo, los políticos. Muchos de ellos no advierten que, en la misma medida en la que aducen argumentos, generan confusión y aumenta su descrédito personal.

A. quiso completar la anterior consideración exponiendo su contradictorio comportamiento.

—No tengo más remedio que darte la razón porque esa manera de actuar la compruebo continuamente cuando me fijo en lo que hacen los demás. No me canso de

repetirles estas ideas a mis hijos, pero, aunque teóricamente estoy plenamente de acuerdo en la ineficacia de esas explicaciones, en la práctica, sin embargo, no logro controlarme y caigo una y otra vez en lo que tú has calificado de trampa. Cuando, por ejemplo, me quiero defender ante mi marido por cualquier hecho que la mayoría de las veces carece de importancia, en vez de reconocerlo, me empeño en proporcionar una serie de razones que, casi siempre, empeoran la situación. Ya sé que, si me callara, es probable que fuera él el que buscaría las explicaciones y, a lo mejor, hasta trataría de justificarme, pero reconozco que no soy capaz de poner frenos a las palabras.

Estas últimas afirmaciones animaron a **E.** para hacernos unos comentarios sobre las reacciones espontáneas que, aunque son explicables desde una perspectiva psicológica, suelen ser inútiles e, incluso, contraproducentes desde el punto de vista de su eficacia persuasiva.

—A pesar de que todos conocemos aquel principio que solemos repetir en su versión original latina *-excusatio non petita acusatio manifesta-* si examinamos los contenidos de nuestras conversaciones cotidianas, podre-

mos comprobar la elevada proporción de palabras que empleamos para justificar nuestras afirmaciones y, sobre todo, para defender nuestras acciones. Es posible que, la mayoría de las veces, la razón de estos comportamientos estribe en la necesidad de justificarnos ante nosotros mismos por la adopción de decisiones cuyas razones no son tan evidentes como proclamamos. Pero, sobre todo, hemos de tener muy presente que nuestros oyentes, además de descifrar el significado de las palabras que pronunciamos, interpretan el sentido implícito de nuestros discursos. Recordemos algunos de los refranes tan repetidos como, por ejemplo, “el que da explicaciones sin preguntar algo tiene que ocultar” o aquel otro aforismo que dice: “dime de qué presumes, y te diré de lo que careces”.

Nos pareció que la última intervención de **B.** era demasiado generalizadora y, a pesar del tono académico con el que pronunció sus palabras, su rotunda afirmación resultó simplista.

—De la misma manera que los toros usan los cuernos para defenderse, los seres humanos empleamos las palabras para protegernos. Pero cuanto más usamos las armas, más evidenciamos nuestra debilidad y nuestro temor.

Tras considerar detenidamente todas las ideas anteriores, llegamos a la conclusión de que las palabras, cuando explican el lenguaje de los hechos, a veces son redundantes y, por lo tanto, innecesarias, o es una interpretación divergente y, en consecuencia, contraproducente. Ante el sufrimiento y ante la muerte, por ejemplo, el lenguaje más digno es el silencio.

CAPÍTULO 6
Hemos de callar
cuando hablan otros



Para escucharnos y entendernos mutuamente es necesario que hablemos de uno en uno. Sólo es posible que hablen varios interlocutores, si lo hacen sucesivamente o a coro. Si varios hablantes mezclan sus palabras, reinará el desconcierto.

Permanecer en silencio mientras otros nos hablan, no es sólo una elemental muestra de cortesía y una exigencia razonable de disciplina y de economía, sino también, el procedimiento indispensable para lograr que nuestra palabra sea recibida, interpretada y acogida. Partimos del supuesto de que para que nuestra palabra sea escuchada es necesario que, previamente, hayamos atendido a los destinatarios de nuestros discursos. Atendemos y entendemos las palabras que interpretan nuestras demandas y responden a nuestras cuestiones. La palabra eficaz es siempre la respuesta adecuada.

E. ilustra estas reflexiones aportando unas oportunas consideraciones que nos hacen reflexionar sobre nuestros comportamientos y nos ayudan a analizar algunas de nuestras reacciones espontáneas.

—Para modular nuestras palabras necesitamos escuchar nuestra voz con la mayor nitidez posible. ¿Se han fijado la manera tan peculiar, tan descontrolada, de hablar que tienen los que padecen alguna afección auditiva? Por eso decimos que desafina el que tiene mal oído. Cuando los ecos de nuestras voces chocan contra los gritos de nuestros interlocutores se produce un ruido que impide la adecuada escucha, la correcta interpretación y la fluida comunicación. Si, obligados por el volumen de los murmullos, aumentamos la intensidad de nuestra voz, corremos el riesgo de que el discurso se convierta en gritos estentóreos y que los gritos suenen como agresiones.

B. nos confirma y nos ilustra estas ideas introductorias con ejemplos tomados de su propia experiencia.

—Durante bastante tiempo, para lograr que los oyentes de mis conferencias o de mis clases guardaran silencio, al comienzo de mi intervención o, incluso, durante la charla, solía gritarles exigiéndoles que se callaran. El éxito era, la mayoría de las veces, escaso. He llegado a la conclusión de que la fórmula más eficaz para que los oyentes escuchen es la de guardar silencio yo, ob-

servándolos con discreta seriedad. Los ruidos generan ruidos; los gritos provocan mayores gritos y los silencios favorecen y, a veces, imponen silencios. ¿No habéis observado cómo, por ejemplo, en los bares en los que la televisión o la radio funcionan a todo volumen, todos gritamos, mientras que, en las iglesias en las que reina el silencio, hablamos quedamente. Con los sonidos nos ocurre como con la basura: cuando más sucio está el suelo más lo ensuciamos.

A., en un generoso gesto autocrítico, nos confesó un defecto que, aunque los demás no lo habíamos advertido con la misma claridad, tras su explicación, reconocimos que también incurriamos frecuentemente en él.

—Es cierto que cada vez me domino más y procuro guardar silencio cuando está en el uso de la palabra algún interlocutor, pero también es verdad que mi mutismo es sólo aparente. En vez de prestar atención a su relato, suelo estar contando mi propia historia mentalmente. Por eso estoy impaciente esperando que termine para, inmediatamente, exponer mi experiencia. Creo que el silencio al que aquí nos estamos refiriendo es una operación diferente -más participativa

y más respetuosa- a la simple ausencia de sonidos: es la escucha atenta, interesada y crítica de los mensajes del interlocutor que en ese momento habla. Ésta es la razón, a mi juicio, de las dificultades que entrañan las conversaciones, las discusiones, los coloquios y los debates: la mayoría de las veces, debajo de estas etiquetas sólo aparecen monólogos y soliloquios. La dificultad del diálogo no estriba en la precisión de las palabras que pronunciamos, sino en el esfuerzo que hemos de desarrollar para escuchar las que pronuncian los otros. Callar, efectivamente, es bastante más difícil que hablar. El diálogo de sordos al que tantas veces aludimos no es una metáfora ni una hipérbole, sino la descripción de un defecto frecuente y, en mi opinión, difícil de corregir.

C., animada por la valiente declaración de A., se decidió, no sólo a manifestar su acuerdo, sino que, además, nos confesó cómo lamentaba que sus familiares no le dispensaran una atención que ella era incapaz de prestarles a ellos.

—Ya os he comentado cómo disfruto cuando encuentro a algún desconocido capaz de escucharme y cómo me

duele que los seres más próximos cierren sus oídos y que, a veces, me huyan; pero tengo que reconocer que a mí también me resulta difícil escucharlos a ellos: sus batallitas me aburren y sus comentarios me resultan insustanciales. Ahora estoy llegando a la conclusión de que es posible que seamos bastante parecidos. Quizás les ocurra como a mí, que me gusta bastante más hablar que escuchar.

Todos dirigimos nuestras miradas a **D.** quien, como de costumbre, había permanecido en completo silencio. Estábamos convencidos de su singular discreción y, por lo tanto, dábamos por supuesto que él no se incluiría en el grupo de los charlatanes incapaces de escuchar. Sin embargo nos sorprendió porque nos confesó que, en muchas ocasiones, él si no intervenía, no era porque, manteniendo ese silencio interior al que nos habíamos referido, prestaba atención a las palabras de sus interlocutores, sino porque, a veces, estaba absorto escuchando su propia conversación silenciosa.

—Mi silencio es sólo aparente. En realidad estoy hablando y escuchándome de manera permanente. Si, cuando estoy en un grupo, da la impresión de que

permanezco callado, es porque los demás no escuchan mis voces interiores, pero, en muchas ocasiones, también es verdad que yo tampoco escucho las palabras que ellos pronuncian aunque, a veces, vociferen. Correspondiendo a la sinceridad de **A.** y de **C.**, he de confesar que, en ocasiones, mi silencio no siempre es la manifestación de mi atención respetuosa a la conversación sino la expresión de un ensimismamiento aislante.

Las diferentes intervenciones pusieron de manifiesto que frecuentemente nuestras palabras resultan inaudibles o ininteligibles porque se diluyen en un griterío exterior y en un murmullo interior; porque se entrecruzan con la corriente opuesta de otros términos, porque tropiezan con la muralla de otras voces.

Llegamos a la conclusión de que guardar silencio interior y exterior mientras otros hablan es la condición imprescindible para que nuestras palabras suenen, se escuchen y se interpreten de manera adecuada.

CAPÍTULO 7:
Hemos de callar
cuando no
estamos serenos



PP
2008

El empleo de las palabras, como ocurre con el uso de los instrumentos complejos y de las armas peligrosas, exige serenidad, dominio de las pasiones, equilibrio psíquico y frialdad emocional.

Como punto de partida de esta sesión, explicamos el valor connotativo que, en diferente proporción según las situaciones y los contextos en las que las usemos, poseen las palabras. El lenguaje oral, además de los significados asignados en los diccionarios, transmite sensaciones y sentimientos que son interpretados por los oyentes de una manera más directa. Hemos de ser conscientes de que, cuando hablamos, el tono, el gesto, la expresión del rostro y, sobre todo, la mirada, matizan, refuerzan, anulan o contradicen el significado de las frases que proferimos. Una frase cualquiera como, por ejemplo, “qué cara tienes”, según la manera de pronunciarla, puede sonar a piropeo, a reproche, a broma, a ofensa o a desprecio. Hemos de ser conscientes de que estos mensajes expresivos, que no siempre son voluntarios y a veces son incontrolados, pueden debilitar e impedir la comunicación e, incluso, provocar enfrentamientos.

A., sin disimular su explicable turbación, reacciona in-

mediatamente y expone su radical disconformidad con nuestra propuesta.

–Yo no tengo la menor duda de que el desahogo físico y psíquico, sobre todo para algunas personas expresivas, es una operación inevitable si queremos mantener el equilibrio, e imprescindible para liberarnos de la presión originada por la acumulación excesiva de vivencias y de emociones. Por eso estoy convencida de que guardar silencio cuando estamos irritadas, asustadas, fastidiadas, angustiadas, eufóricas o, simplemente, cansadas, es imposible y, además, perjudicial. Pronunciar palabras, hacer comentarios, quejarnos, protestar y hasta proferir tacos, a veces, es la mejor manera de tranquilizarnos y el tubo de escape que nos sirve para aliviarnos del peso insoportable de las preocupaciones.

A juzgar por la expresión de los rostros, esta intervención fue recibida inicialmente con visible aceptación, al menos por la mayoría de los asistentes pero, tras un prolongado rato de silenciosa reflexión, E. nos hizo algunas consideraciones que nos estimularon para seguir profundizando en la propuesta inicial.

—Si es cierto que las palabras constituyen una vía de desahogo, un cauce por el que evacuamos nuestros buenos y nuestros malos humores, también es verdad que, igual que ocurre, por ejemplo, con las ollas a presión, para evitar que esa fuerza contenida no estalle, hemos de controlar su salida mediante una válvula. Si dejamos escapar de pronto toda la potencia encerrada, corremos el riesgo de que se irradian todas las sustancias que contiene dentro, salpique indiscriminadamente a los que están a su alrededor, enrarezca el clima e inunde todo el ambiente de una sofocante temperatura escasamente propicia para el diálogo.

Aunque, igual que los demás compañeros, **D.** reconoce el acierto teórico de las ideas de **E.**, manifiesta sus dudas sobre la eficacia práctica de tales recomendaciones.

—Creo que la imagen de la válvula controladora es acertada, pero, al menos en mi caso, resulta inverosímil e irrealizable. Si estoy verdaderamente alterado por la emoción y me siento eufórico o deprimido, lograr medir las palabras y, sobre todo, dosificar el tono son empresas imposibles. Os aseguro que, cuando me siento sosegado, me lo he propuesto reiteradas veces,

pero cuando nuevamente me entusiasmo o me irrito, se me olvidan mis buenos propósitos y se me escapan esos buenos o malos humores por todos los poros. Al final, he llegado a la conclusión de que la única fórmula para evitar descomponerme es guardando silencio e, incluso, alejarme de tales situaciones. Como ya sabéis, no soy demasiado charlatán y no me cuesta permanecer callado, pero, a veces, me resulta difícil dominar mis expresiones.

D. nos hizo una oportuna observación en la que, a pesar de que, tras su intervención, todos le dimos la razón, previamente no habíamos caído en la cuenta.

—¿No os habéis fijado cómo, por ejemplo, algunos oradores políticos, para provocar que sus adversarios cometan errores, les dirigen frases que sólo pretenden ponerlos nerviosos y “sacarlos de sus casillas”? En mi opinión, de la misma manera que nos está prohibido conducir cuando hemos tomado más de una copa, deberíamos renunciar a hablar cuando estamos demasiado exaltados e, incluso, cuando nos sentimos excesivamente indignados. Emplear las palabras cuando estamos demasiado excitados es tan peligroso como

usar un arma cuando no somos totalmente dueños de nuestros movimientos: nos arriesgamos a confundir el blanco, a quedarnos sin municiones o, incluso, a que nos estalle en nuestras propias manos.

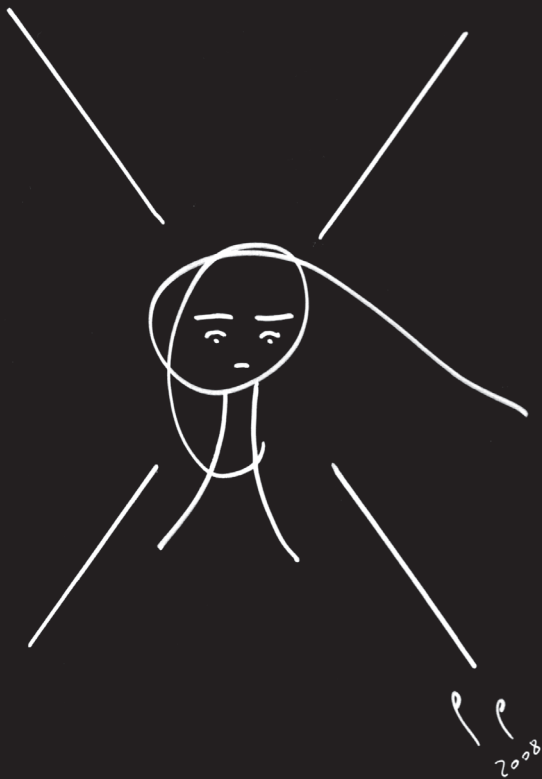
B., que una vez más había permanecido en silencio hasta escuchar a los demás compañeros, con su frialdad habitual y con una sonrisa esbozada que nos trasmitía su peculiar y leve distancia cínica, nos confesó su “maquiavélica” teoría.

—El silencio denso, prolongado e inexpresivo es la mejor arma para desarmar al adversario. Cuando un interlocutor impertinente, entusiasmado o encolerizado, acude a nosotros con la intención de contagiarnos con sus sentimientos y de que nos identifiquemos con su estado de ánimo, la mejor manera de reaccionar no es rebatiéndole cada uno de sus argumentos, sino interponiendo una fría e impenetrable pantalla de silencio. Estoy convencido de que el silencio, no sólo es la mejor terapia para serenar nuestro ánimo, sino también el de nuestros interlocutores.

Conversamos distendidamente sobre la escasa atención que solemos prestar a la notable influencia que ejercen las emociones, incluso cuando pasan desapercibidas para el que habla, en el contenido de nuestros mensajes y, sobre todo, en el ánimo de los que los reciben. Llegamos a la conclusión de que

En estado de turbación emocional, hemos de refrenar las palabras, controlar las expresiones y, al menos durante un tiempo prudencial, mantenernos en silencio. Los juicios manifestados en un estado de arrebató pasional suelen ser imprudentes, exagerados, incorrectos, injustos y, en consecuencia, perjudiciales para el que los profiere.

CAPÍTULO 8:
Hemos de callar
cuando estamos rodeados
de un excesivo ruido



Los ruidos impiden la escucha de los sonidos, distorsionan los significados de las palabras y tergiversan sus mensajes. Afectan negativamente, no sólo a la audición del lenguaje, sino también a la elaboración y a la pronunciación del discurso.

Estas afirmaciones iniciales fueron aceptadas unánimemente por los concurrentes a la reunión como presupuestos básicos en los que podríamos apoyar esta sesión de nuestro coloquio sobre el silencio ya que, en numerosas ocasiones, todos habíamos experimentado cómo los ruidos interferían de manera diversa el recorrido de ida y vuelta de nuestras comunicaciones.

E., venciendo su resistencia a atraer la atención, fue, en esta ocasión, el primero que solicitó intervenir.

—En mi opinión, los ruidos constituyen uno de los obstáculos más perturbadores de la comunicación humana. Es posible que mi aversión exagerada a los sonidos estridentes sea el síntoma de un defecto biológico o de un desequilibrio psicológico personal, pero tengo que confesar que los ruidos, no sólo me dificultan que escuche y entienda las palabras de los que me hablan,

sino que también me impiden que encuentre yo las palabras adecuadas, las organice y las pronuncie, cuando me dirijo a los otros interlocutores. Pero, quizás, mi problema se complica porque, como os he dicho anteriormente, en situaciones normales, tengo que saltar muchas barreras para lograr expresarme con cierta soltura.

—Para hablar con fluidez y con seguridad, necesito atender, a través de sus expresiones no verbales, las palabras silenciosas de mis interlocutores, pero, sobre todo, me resulta imprescindible escuchar los ecos que, en lo más íntimo de mi conciencia, despiertan mis propias palabras. Es, en ese fondo secreto, donde calibro, matizo, corrijo y, finalmente, construyo mis discursos. Estoy convencido, además, de que, en muchos casos, el ruido es un acto de violencia y, por eso, me aturde, me enajena, me bloquea y, en consecuencia, me cierra la boca. Pero reconozco que mi silencio ante los ruidos no es, ni mucho menos, una estrategia premeditada con el fin de hablar en unas condiciones propicias, sino una reacción física incontrolada, parecida a la que experimentamos cuando tropezamos con un muro o, incluso, es un freno análogo a la resistencia estremecida que sufrimos cuando nos vemos ante un abismo.

D., que en varias ocasiones había mostrado su timidez y, en consecuencia, su sintonía con las actitudes de **E.**, tras escuchar con especial atención cada una de las palabras anteriores, nos expuso su peculiar manera de comportarse en los ambientes en los que reinan los ruidos.

—A mí también me molestan y me aturden los ruidos. No me cabe la menor duda, además, de que esos sonidos tan desagradables son perjudiciales, perturbadores y dañinos para la salud. Pero también creo que esos ruidos -recordemos su etimología- que nos producen alarma no sólo a los seres humanos, sino también a los animales, nos proporcionan una información de que ocurre algo amenazante; constituyen un lenguaje que nos urge para que prestemos atención inmediata a un peligro y para que nos parapetemos detrás de una defensa. Fijaos cómo todos los animales reaccionan ante el ruido huyendo y escondiéndose.

—El ruido, por lo tanto, posee, a veces, una función notablemente útil: la de avisarnos previamente de la inminencia de un daño o la de advertirnos de un siniestro ya ocurrido: es una alarma, una llamada y un aviso. Estoy convencido de que deberíamos controlar nuestras

reacciones espontáneas y aprender a leer para interpretar el significado de los diferentes ruidos. Si, en vez de cerrar nuestros sentidos y encoger nuestro corazón, prestamos atención, es posible que logremos, además de evitar trastornos psíquicos, adoptar las actitudes adecuadas e, incluso, a extraer frutos provechosos.

Aunque los demás mostramos nuestro acuerdo en que, efectivamente, algunos ruidos naturales como, por ejemplo, los estruendos del trueno, los golpeteos de la lluvia o los bramidos del mar constituyen apremiantes advertencias para que nos defendamos de unos graves peligros, en esta ocasión centramos nuestra atención en esos otros ruidos que son producidos por los seres humanos y que son las consecuencias de una deficiente sensibilidad acústica, de una carencia de control emocional y, sobre todo, de una escasa conciencia de los múltiples efectos negativos que producen para la comunicación y para la convivencia.

—Estoy de acuerdo -nos dice C.- en que algunos ruidos encierran unos significados estimables y en que, por lo tanto, cumplen unos servicios útiles, pero, en, esta ocasión, deberíamos fijarnos en esos otros ruidos vacíos, carentes de sentido, incapaces de aportarnos elemen-

tos de conocimiento e ineficaces para proporcionarnos beneficios directos. Creo que los sonidos significativos e, incluso, los artísticos, cuando son emitidos en algunas circunstancias inadecuadas, pueden convertirse en ruidos fastidiosos porque suenan fuera de su ambiente propicio. La música estridente, por ejemplo, o las conversaciones estruendosas pueden taladrarnos como “ruidos” molestos por sobrepasar el nivel saludable para la audición. En estos casos la mejor opción, a mi juicio, es guardar silencio para no aumentar el ruido, y buscar unos espacios de soledad, en los que nos aislemos sensorialmente y nos resulte posible escucharnos a nosotros mismos, hablarles a los demás y comunicarnos mutuamente. Sin el silencio que haga posible la escucha y la meditación es ilusorio pretender que las palabras se llenen de sentido.

Apoyándonos en nuestras experiencias cotidianas, a continuación cambiamos impresiones sobre la influencia negativa que ejercen los ambientes ruidosos en nuestro estado de ánimo; nos referimos a la sensación de malestar físico, mental y social que crea la contaminación acústica, esa polución sonora que a veces nos produce insomnio, intranquilidad, inquietud, desasosiego, depre-

sión, desamparo, ansiedad o rabia. Reconocimos que, aunque desgraciadamente en nuestro clima meridional forma parte de las pautas culturales de nuestro entorno, es un factor molesto contra el que deberíamos luchar con el fin de, en la medida de lo posible, atenuarlo.

D. nos confesó el hábito que, desde hacía ya varios años, había contraído con el fin de aliviar los efectos que el exceso de ruidos producían en su estado de ánimo.

–Para compensar esa saturación de ruidos “chirriantes”, ensordecedores y “estridentes” suelo reservar un rato y un espacio diarios al silencio; creo que es la medicina más adecuada para curarnos de los trastornos que esos ruidos inevitables en nuestro mundo originan en nuestro espíritu y, por lo visto, en nuestro organismo. Acudo preferentemente a lugares abiertos como el campo o la playa, pero, cuando no me resulta posible, no tengo inconvenientes de entrar en esas capillas de monasterios que, la mayoría de las veces, están solitarias.

A., en esta ocasión, se mantuvo casi todo el tiempo en silencio porque, como al final nos explicó.

—A mí, más que los ruidos, me molesta mucho más el silencio total. Cuando estoy en casa trabajando o, incluso, leyendo, suelo tener encendida la radio o la televisión. Las voces y la música, no sólo no me distraen sino que me acompañan y me ayudan a concentrarme. La verdad es que no suelo prestarles demasiada atención, pero tengo la íntima sensación de que alguien familiar, más que hablarme, me está escuchando.

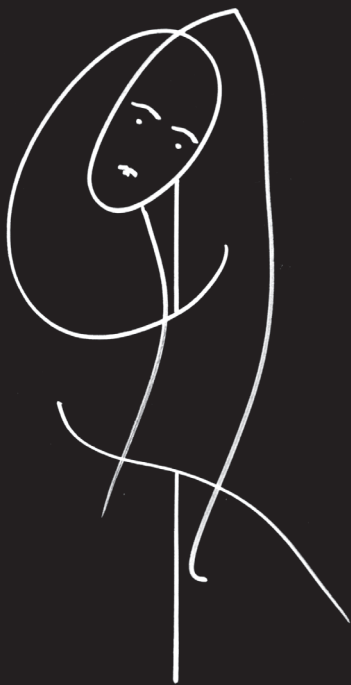
B., finalmente, de manera escueta y con su habitual tono categórico, nos expuso su peculiar manera de reaccionar ante estos comportamientos “inciviles, maleducados, irrespetuosos y dañinos para la salud”.

—La solución está siempre en nuestras manos. Contra el ruido no cabe otra reacción que el silencio. Por mucho que los demás eleven el volumen de sus voces, si nosotros cerramos nuestros oídos, no lograrán perturbarnos. Me estoy refiriendo a esos oídos del alma con los que escuchamos atentamente los ecos íntimos de sucesos importantes o de episodios intrascendentes. Logramos este silencio cuando, además de cerrarnos a los ruidos externos, nos abrimos a las voces que sueñan serenamente en nuestro interior.

Estas últimas palabras permanecieron resonando durante un largo rato en la sala y han quedado grabadas en nuestra memoria. Posiblemente fueron las que estuvieron más presentes durante la formulación del resumen de esta sesión.

Para favorecer la limpieza acústica del medio ambiente, y lograr un clima apacible que propicie la comunicación fecunda y la convivencia placentera, hemos de colaborar solidariamente en la creación de una sosegada atmósfera de comfortable y denso silencio.

CAPÍTULO 9:
**Hemos de callar cuando
acuden a nuestros labios
palabras que hacen daño**



PP
2008

Las palabras pueden ser unas poderosas herramientas para levantar unos edificios confortables en los que reine la concordia y, también, unas peligrosas armas aniquiladoras del bienestar y destructoras de la convivencia.

Empezamos nuestro coloquio evocando las diversas ocasiones en las que hemos comprobado los daños causados por afirmaciones agresivas, por comentarios mordaces proferidos, a veces, de manera inconsciente, otras, con la intención de defendernos y otras, con un afán violento de fastidiar a nuestros interlocutores.

D., haciendo gala una vez más de su erudición etimológica, nos sorprende explicándonos cómo, frente a los “eufemismos”, que, en su origen, eran palabras buenas y benévolas porque expresaban los buenos augurios, los elogios e, incluso, las expresiones bellas que generan la buena fama, había palabras malas, las “blasfemias”, las voces que, etimológicamente significan “palabra de mal augurio” y, en general, las expresiones que no deben ser pronunciadas en las ceremonias religiosas ni usadas en los textos artísticos ni en el lenguaje de las personas cultas, sensibles, educadas y amables.

—Todos sabemos que ciertas palabras poseen unos filos cortantes que nos abren unas heridas que difícilmente cicatrizan. Es posible que algunos de nosotros, sin necesidad de que seamos rencorosos, recordemos el dolor agudo que nos han producido unas afirmaciones desaprensivas emitidas sin tener en cuenta sus efectos devastadores. Y es que, a veces, las palabras se enquistan en las capas más sensibles de nuestra conciencia y allí producen unos frutos agrios que nos amargan la existencia.

—Creo que, al mismo tiempo que enriquecemos nuestro vocabulario, deberíamos tratar de aprender las formas de administrar las palabras; de la misma manera que los alimentos más saludables y las medicinas más eficaces hemos de consumirlas en las dosis apropiadas con el fin de que no nos hagan daño, el lenguaje, si no lo usamos acertadamente, puede perjudicar al que lo emplea y dañar al que lo recibe. Estoy convencido de que, como ocurre con los productos peligrosos, su eficacia depende en gran medida de las dosis que apliquemos y, por eso, deberíamos esforzarnos en controlar las expresiones y, en caso de duda, siempre es preferible que guardemos silencio.

Estas ideas nos estimularon para seguir reflexionando sobre una realidad que, aunque la habíamos experimentado en reiteradas ocasiones, no solía constituir el objeto de nuestros análisis ni, mucho menos, un motivo de preocupación. **A.** nos hizo una oportuna matización.

—Yo creo que, si pretendemos evitar hacer daño a nuestros interlocutores, además de tener en cuenta el significado de las palabras, hemos de estar muy atentos a la intención con la que las pronunciamos y a la sensibilidad de los destinatarios. A veces, unas palabras inocentes, lanzadas con “malas ideas”, pueden hacer más sangre que otras menos delicadas, y, en ocasiones, unas expresiones, formuladas con buena intención, pueden ser recibidas como crueles castigos. Ya sé que nos resulta imposible estar pendientes de todas estas circunstancias y detalles pero también reconozco que las que hablamos excesivamente corremos el riesgo de cometer demasiadas lesiones. He llegado a la conclusión de que, cuando no somos capaces de controlarnos, la única manera de evitar lastimar a los demás es guardando silencio.

Todos, de manera instintiva, dirigimos nuestras miradas a E. quizás porque, sin necesidad de haberlo comentado explícitamente, coincidíamos en que era una de esas personas delicadas que no hablan por no ofender. Interpretando nuestras indiscretas miradas como explícitas preguntas nos explicó sus profundas convicciones sobre el uso de las palabras nocivas.

—Es cierto que algunas palabras toscas lastiman, pero también es verdad que otras sutiles pueden causar un daño más grave. Me refiero a aquellas expresiones, que cubiertas con un bello ropaje, confunden a los incautos porque encierran falsedades; estoy pensando también en las palabras soeces que manchan las conversaciones, ensucian los labios de quien las pronuncia y salpican de fango los oídos de quienes, complacidos, las escuchan. Creo que deberíamos contribuir entre todos para limpiar nuestras conversaciones de esas voces groseras que, además de contaminar el ambiente, deterioran la lengua y nos empobrecen a los hablantes.

Estas palabras sobre la procacidad verbal propiciaron los comentarios de C. sobre una cuestión estrechamente relacionada.

—Aunque sé que a muchos les puede resultar un signo de espontaneidad y una muestra de sencillez, opino que la corrección de las palabras, no es sólo una cuestión gramatical y léxica, sino también una manifestación de la buena educación y una exigencia del respeto que merecen nuestros interlocutores por mucha amistad que con ellos nos una. Creo que, de la misma manera que aseamos diariamente nuestro cuerpo, deberíamos habituarnos a limpiar periódicamente nuestro lenguaje de palabras malsonantes y de expresiones malolientes. La pulcritud constituye, a mi juicio, uno de los índices más elocuentes del nivel cultural de las personas y del grado de civilización que ha alcanzado una sociedad.

Durante largo tiempo conversamos sobre la permanente paradoja que advertíamos en nuestros comportamientos cotidianos: reconocimos que, por un lado, estas consideraciones nos resultaban evidentes y que, en esta situación, cualquiera de nosotros las hubiera formulado en idénticos términos, pero también advertimos que, con

frecuencia, no las teníamos en cuenta en nuestras relaciones con familiares y amigos. **B.**, que había permanecido en silencio durante toda la sesión, intervino para cambiar radicalmente la orientación de la conversación.

—Me sorprende que aún no nos hayamos referido a una cuestión esencial en el ámbito de las voces dañinas. Desde mi punto de vista, las heridas más profundas las producen las palabras que dividen; las que destrozan el corazón, ese cofre íntimo en el que guardamos nuestro patrimonio máspreciado, nuestros recuerdos familiares, nuestras convicciones atávicas, nuestras aspiraciones profundas, nuestros deseos secretos y nuestros temores inconfesados. Sí; todos conocemos a personas dotadas de lenguas viperinas que aprovechan todas las oportunidades que se les ofrecen para inocular veneno en nuestras venas. Deberíamos también prestar atención a esos personajes insolentes que siembran la discordia, promueven la división y, a veces, el enfrentamiento. En realidad, ponen de manifiesto sus afanes destructivos, sus ansias demoleedoras, sus ambiciones devastadoras y, en resumen, su avidez mortífera.

–Estoy convencido de que nuestro silencio es la fórmula más eficaz para cerrar sus labios o, al menos, para evitar que sus palabras nos contagien con sus aviesos ecos.

La gravedad de estas afirmaciones, acentuada por el tono categórico con el que **B.** las formuló, nos impresionaron hasta tal punto que abrieron un dilatado y denso silencio en nuestro coloquio. Finalmente llegamos a la siguiente conclusión.

El silencio es la respuesta más eficaz a las palabras dañinas, malignas, perversas u obscenas. La manera más efectiva de neutralizar la acción corrosiva de las frases insultantes, agresivas, depravadas o injuriosas es rodearlas de un intenso vacío y encerrarlas en una campana -amplia, gruesa y sutil- de silencio.

CAPÍTULO 10:
Hemos de callar
cuando los oyentes
no atienden ni entienden
nuestras palabras



2008

En la elaboración y en la pronunciación de nuestros discursos, hemos de tener muy presentes a sus destinatarios reales. Si prescindimos de sus intereses personales y si desconocemos el contenido y la amplitud de sus respectivos vocabularios, nuestras palabras serán inútiles, indigestas o, quizás, fastidiosas.

Las palabras, efectivamente, son vehículos cargados de mensajes que buscan una benévola aceptación, una correcta interpretación y una generosa valoración; son cauces anchurosos por los que discurren las expresiones de nuestra peculiar manera de interpretar la vida; por donde se deslizan esos ríos que se encaminan hacia ese mar compartido de la comunicación.

—Una de mis mayores suertes -nos explica C.- es la de encontrar a una persona próxima y semejante que me comprenda, que identifique las claves ocultas de mi peculiar manera de ser, que descifre el sentido profundo de mis pensamientos, la razón última de mis deseos íntimos y las raíces escondidas de mis temores secretos. Y es que yo estoy convencida de que todos los seres humanos, para llegar a ser nosotros mismos -sea cual sea el escalón temporal o social en el que nos en-

contremos- necesitamos que alguien nos escuche atentamente para ayudarnos a explicar, con claridad y con tacto, quiénes y cómo somos. Necesitamos que nos digan cómo suena nuestra voz, cómo cae nuestra figura y cómo se interpretan nuestras palabras. En resumen, quiero decir que si hablamos es para que alguien nos escuche y nos comprenda. Cuando, advierto que mis palabras no han sido recibidas de manera adecuada, siento la profunda frustración de quien ha gastado inútilmente una porción de mi patrimonio más querido.

A., que ya en varias ocasiones había mostrado su acuerdo con C., casi quitándole la palabra, sigue su explicación en términos similares.

—En realidad, ésa es la última meta de todas nuestras palabras sobre cualquier tema; ésa es la materia común de nuestras charlas, lecturas y escrituras. Ése es el destino de nuestros paseos y de nuestras correrías por las calles de la conversación y por las plazas de la tertulia. Necesitamos oidores atentos y auditores respetuosos que nos oigan, nos escuchen y nos entiendan; que descubran el secreto hondo de nuestras aparentes contradicciones, que esclarezcan las claves secretas de nuestras engañosas incoherencias.

Estas reflexiones, que inicialmente nos parecían réplicas a la tesis propuesta, fueron matizadas por unas oportunas observaciones que, con su tono comedido, nos hizo **D.**

—Tenéis razón cuando afirmáis que vivir la vida humana es, efectivamente, descifrar el misterio que cada uno de nosotros encierra, es develar el secreto que guardamos y explicar el ejemplar diferente y único de la compleja existencia personal. El hallazgo de este modelo inédito exige atención constante, esfuerzo permanente, habilidad especial y, sobre todo, la ayuda adecuada de un acompañante sensible, respetuoso, experto y generoso que sepa captar las ondas sordas de nuestros latidos. Para descubrir nuestra verdad necesitamos, efectivamente, una persona amiga en quien confiar nuestras debilidades, un aliado con el que compartamos secretos, un confidente que sea el fiel guardián de la puerta tras la cual ocultamos nuestra vida privada; un cómplice que jamás abrirá esa puerta ni permitirá que nadie la abra.

E. subrayó estas mismas ideas explicando el sentido en el que, en su opinión, debíamos entender la palabra “secreto”, repetida varias veces en las anteriores intervenciones.

—Todos los seres humanos guardamos en nuestro interior algunos datos valiosos que hemos de proteger para evitar que sean mal interpretados y para impedir que, convertidos en armas arrojadas, lo relancen contra nosotros. Hemos de reconocer, además, que tenemos el derecho y, a veces, la obligación de cubrir algunas zonas de nuestro organismo que son especialmente delicadas, que hemos de preservar algunos espacios singularmente sensibles de nuestro perfil psicológico, y que hemos de salvaguardar algunos ingredientes de nuestro caudal ético para evitar que sean atacados. Por muy expresivos y comunicativos que seamos, no es posible, justo ni decente bajo ningún pretexto desnudar nuestro cuerpo y nuestro espíritu para que lo contemplan todos los que se cruzan en nuestros caminos. Yo opino que la intimidad, además de un derecho, es un deber social: guardar el recinto de la vida personal es una obligación exigida por el respeto que nos merece el prójimo; no tenemos derecho a imponer a los demás mortales, por muy próximos que estén de nosotros -por muy amigos o familiares que sean-, nuestros olores, nuestros sabores ni nuestros colores; no podemos permitirnos la libertad de contagiarlos con nuestras sensaciones ni salpicarlos con nuestros humores, con nuestros sentimientos, deseos, amores u odios.

—La exhibición constituye, a veces, una manera agresiva de invadir el territorio de los demás. Mostrar nuestras desnudeces, proclamar nuestros triunfos o lamentarnos de nuestras debilidades es una manera - a veces grosera- de agredir. Cubrir discretamente las heridas, vestir elegantemente las vergüenzas, encerrar prudentemente los éxitos o, en pocas palabras, guardar silencio, es una manera elemental y delicada de respetar a los demás.

Aunque ésta fue una de las escasas ocasiones en las que **B.** se mostró plenamente conforme con las opiniones de los demás compañeros, quiso dejar suficientemente clara su convicción de que él sólo aceptaba como interlocutores a aquellas personas que le mostraran un razonable interés por escucharlo, una suficiente capacidad para entenderlo y, sobre todo, unos indicios claros de que respetaban sus propuestas.

—Dirigirle la palabra a un interlocutor es proporcionarle hospitalidad en nuestros recintos más íntimos; es abrirle de par en par las puertas de nuestra conciencia; es hacerle partícipe de nuestros saberes y de nuestras ignorancias, de nuestros afectos y de nuestras animad-

versiones, de nuestras simpatías y de nuestras aversiones. Las palabras -ventanas por las que descubrimos nuestras convicciones personales, nuestros buenos y nuestros malos humores- tienen unas indiscretas rendijas por donde se deslizan, inconscientemente, algunos de nuestros defectos o excesos: hablar es descubrir nuestras carencias más veladas y nuestros flancos más vulnerables. La única manera eficaz de defender nuestra integridad ante los ataques de los extraños es guardando silencio.

En nuestra conversación final tratamos de recordar y de resumir las ideas más reiteradas y las que más nos habían llamado la atención. Renunciamos a efectuar un resumen que, prescindiendo de matices, simplificara excesivamente una cuestión que ahora, tras los distintos análisis, nos resultaba más difícil de explicar y más arduo de comprender. Llegamos a la siguiente conclusión.

Guardar silencio es una necesidad, una obligación, un gesto de generosidad, una actitud de elegancia; pero siempre es una difícil destreza que requiere, además de habilidad, un esfuerzo paciente, duros entrenamientos, equilibrio emocional y, sobre todo, una permanente y valiente actitud autocrítica.

EPÍLOGO

Las palabras vacías



pp
2008

En nuestra práctica cotidiana de la conversación podemos comprobar cómo las palabras son unos recipientes amplios que, como si fueran cocteleras transparentes, cada interlocutor, al pronunciarlas o al escucharlas, los llenan y los vacían permanentemente de diversos significados personales. El valor de las palabras depende, en gran medida, de la huella afectiva que le produce al que la emplea la realidad a la que aquélla se refiere.

Las múltiples experiencias de los hablantes y las diferentes circunstancias que concurren en sus vidas, determinan que los objetos, los sucesos y las palabras que a ellos se refieren, se tiñan de colores, adquieran sabores y provoquen resonancias sentimentales que, no lo olvidemos, constituyen el fundamento más profundo de sus juicios, de sus actitudes y de sus comportamientos. Las palabras las vivimos o las malvivimos, nos nutren o nos enferman. Las palabras poseen un fondo permanente, que es el que figura en los diccionarios, pero, además, se llenan de esos otros significados emocionales que son mucho más importantes y más poderosos. Son valores que los enriquecen y los convierten en eficaces instrumentos de la construcción y de la destrucción del cada ser humano y de la sociedad.

¿Qué sentido tienen, por ejemplo, las palabras “mar”, “río”, “montaña”, “valle”, “hombre”, “mujer”, “niño”, “anciano”, “amor” u “odio”? ¿No es cierto que las palabras, poseen unos sentidos diferentes que se los damos los hablantes y los oyentes, cuando establecemos la comunicación, cuando integrándolas en la cadena de un discurso, las usamos como vehículos para transmitir nuestras ideas, nuestras sensaciones o nuestros sentimientos, como vínculos para unirnos, como látigos para agredir o como pistola para matar? La palabra “mar” no significa lo mismo pronunciada por un pescador de Barbate, por un pasajero de un trasatlántico de lujo o por un cordobés que veranea en Conil de la Frontera.

Los vocablos, efectivamente, no están completamente llenos hasta que los pronunciamos y los escuchamos. Es entonces cuando las palabras adquieren sustancia humana, calor vital y vibración emocional, de la misma manera que las cuerdas de una guitarra sólo expresan sensaciones, sólo transmiten sentimientos, cuando unos dedos maestros las acarician.

Pero también es verdad que algunas palabras pueden estar vacías, son las que carecen de contenido humano: no nos hieren, no nos envenenan ni nos matan, pero nos aburren, nos hastían y pueden hartarnos, enojarnos e irritarnos. Son canales de meras flatulencias que, quizás, desahogan a los que las emiten, pero nos aburren a quienes las escuchamos. Las palabras, para que sean humanas, han de estar vivas, han de latir y tener temperatura. Hablamos y escribimos con experiencias y con imágenes, más que con gramáticas y con diccionarios.

